

LA INVESTIGACIÓN AMERICANA DE TOMÁS BUESA OLIVER

HUMBERTO LÓPEZ MORALES
Asociación de Academias de la Lengua Española

San Juan de Puerto Rico. Comienzos de 1979. Llego a casa de la Universidad como de costumbre y me encuentro con una carta de Juan Miguel Lope Blanch; era una invitación a participar en un Coloquio sobre Perspectivas de la investigación lingüística en Hispanoamérica, que debía de celebrarse en la capital mexicana, bajo el auspicio del Centro de Lingüística Hispánica, creado por él, dentro del Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. La invitación no me sorprendió, pues ya el mismo Juan me había hablado de ese plan suyo unos pocos meses antes, durante una visita académica a Río Piedras. Se trataba, me dijo entonces, de aprovechar una fecha importante —la conmemoración del cincuentenario de la Autonomía Universitaria de la UNAM—, para la que se disponía de fondos adecuados. Pensaba Juan, con su sensatez de siempre, que la lengua no podía estar ausente de esos fastos.

El momento era —desde luego— el más adecuado. En eso estábamos de acuerdo todos los invitados, que decidimos, cada uno por su cuenta, no contentarnos con hacer un estado de la cuestión de nuestros temas, sino en plantear, para hacer justicia al título del encuentro, novedades y necesidades para el trabajo futuro. Y así fue. Allí nos reunimos, además del organizador, los españoles Manuel Alvar, Tomás Buesa y Antonio Quilis, los mexicanos Yolanda Lastra y su entonces marido Jorge Suárez, el argentino transportado a Boston, Guillermo Guitarte, el norteamericano Edward Blansitt, y yo, por entonces, el benjamín del grupo.

Una carta de última hora nos informaba de un cambio de planes. En lugar de obsequiarnos con un par de días de playa después del encuentro, como estaba previsto, el descanso sería antes de que comenzaran los actos académicos. En esto, no hubo unanimidad de criterio entre los invitados, pero «donde manda capitán, no manda marinero». Y más rápido que ligero nos encontramos todos aterrizando en Zihuatanejo, un hermoso pueblo de la costa pacífica del país, en aquellos tiempos, recién descubierto por el turismo nacional.

Hasta principio de los años 70 Zihuatanejo había sido una pequeña aldea de pescadores con tan solo un puñado de familias. Ya se empezaba a notar el cambio, cuando nació Ixtapa, una ciudad artificial tipo Acapulco, que atrajo al turismo internacional con sus tumultos, las grandes cadenas hoteleras, y muchas tiendas, restaurantes y sitios de diversión.

Zihuatanejo era un lugar idílico. Estábamos en un hotel junto a una playa desierta, tan desierta como el hotel mismo. El grupo se compenetró, se estrecharon los lazos de amistad y se crearon otros. Allí, paseando por las arenas de la playa, mientras las señoras lucían sus grandes pañuelos multicolores acabados de comprar, convertidos en faldas o en vestidos sobre el bañador, conocí a Tomás.

Por supuesto que sabía quien era: renombrado filólogo, autor de múltiples obras sobre el aragonés, interesado también en aspectos del español americano, y un largo etcétera. Habíamos coincidido un par de veces en su despacho de la Universidad Hispalense y, sobre todo, había oído hablar de él incansablemente y con todo el afecto del mundo a Manuel Alvar. Pero no lo conocía.

Por eso Zihuatanejo y Tomás están unidos en mi memoria, y lo estarán siempre. Allí descubrí al maravilloso ser humano que era. Un par de horas de convivencia fue bastante para conocerlo. Tomás era muy amable, extremadamente afectuoso, de modales refinados, de elegancia clásica en el vestir, de hablar discreto y ponderado, hasta en los momentos en que se irritaba, que solían darse con alguna frecuencia cuando los temas de conversación giraban en torno a cuestiones políticas, las que fueran. Puedo decir sin el menor temor a equivocarme que en varias sesiones de intercambio pasamos de un conocimiento muy superficial, principalmente académico, al nacimiento de un cálido afecto que duró muchos años. No sería justo si no añadiera que su mujer, Carmina, absolutamente encantadora, colaboró muchísimo en el surgimiento de esta simpatía.

* * *

A Tomas Buesa Oliver se le reconoce de continuo por ese amor a su tierra que traducen espléndidamente sus trabajos sobre el aragonés. Y no es para menos. Una extensa obra que nace en su tesis doctoral salmantina sobre la comarca de Ayerbe y que finaliza poco antes de su fallecimiento. Docenas y docenas de títulos: fonética histórica, lexicología, sufijación, la persona verbal yo, cartografía lingüística, estados actuales de la investigación, estudios históricos, ediciones críticas... Pero doctores tiene la Santa Madre Iglesia, y no seré yo quien glose y valore esta obra suya, ya de por sí muy reconocida, por la que ha recibido premios, reconocimientos y medallas.

Mi intención aquí es explorar la vertiente americanista de la investigación lingüística de Buesa. Con tan solo 29 años de edad, dos antes de presentar su traba-

jo doctoral en Salamanca, Buesa marcha a Hispanoamérica. Atendía una llamada del entonces benemérito Instituto Caro y Cuervo. Su experiencia docente era entonces muy limitada: profesor encargado de curso en la Universidad de Granada y adjunto de la Cátedra de Gramática Histórica de la de Salamanca, dos años en total.

En Bogotá combina la enseñanza en la cátedra, tanto en la Universidad Nacional de Colombia como en la famosa Universidad Javeriana, con su trabajo como investigador en el Caro y Cuervo. En esta Institución, orgullo de Hispanoamérica que fue, trabajó codo a codo con Luis Flórez en la preparación del cuestionario del que llegaría a ser el primer Atlas Lingüístico de gran dominio realizado en tierras americanas, años después de que Tomás Navarro Tomás completase los trabajos del pequeño Atlas de Puerto Rico que, sin embargo, no vio la luz pública hasta 1948.

Durante los cuatro largos años que duró su estancia americana, junto con el maestro de la dialectología colombiana, se termina el cuestionario —1954 es la fecha de publicación del *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Colombia, Cuestionario preliminar*—, se realizan las primeras encuestas de prueba y comienza en firme el trabajo cartográfico. Años después, esa obra, ya terminada, con sus seis volúmenes (1981-83), se convertiría en uno de los pilares de mayor importancia de la investigación lingüística en Hispanoamérica.

Buesa no vuelve oficialmente sobre el español de América hasta 1965, fecha en que se publica su libro *Indoamericanismos léxicos en español*, muy pronto convertido en un clásico de la bibliografía sobre el tema.

Se trata de un cuaderno de las Monografías de Ciencia Moderna, el núm. 73, del Instituto Miguel de Cervantes del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Son 90 páginas condensadas en las que el autor pasa revista con cierto pormenor a las voces indígenas de América que viven con lozanía en partes del continente, algunas de ellas ya instaladas en el español general: las de origen arahuaco, caribe, náhuatl, maya, chibcha, quechua, aimara, tupí-guaraní, araucano e indoamericanismos de otros orígenes. El Cuaderno termina con un utilísimo índice de palabras, y está encabezado por una Introducción de carácter histórico y antropológico que orienta al lector en la correcta interpretación de los cientos de datos que siguen en los capítulos que integran la obra. Se añaden aquí dos mapas de extraordinario valor explicativo.

Cualquier intento de valorar este trabajo de Buesa debe comenzar por precisar las fuentes disponibles entonces, en momentos en que las grandes investigaciones lingüísticas sobre las lenguas aborígenes de América apenas si habían dado alguna modesta prueba de sus comienzos. Se trata, además, de una obra escrita desde la perspectiva románica, por lo que la cuestión de las fuentes adquiere un relieve excepcional. Buesa se vio obligado a rastrear docenas y docenas de obras —los

trabajos consultados y puestos de manifiesto en las notas pasan sobradamente de cien— para de ellos extraer datos no siempre seguros y con mucha frecuencia contradictorios.

Era explicable, pues, todavía hoy, en que se muestran florecientes los grandes proyectos internacionales de estudio de lenguas precolombinas, desde la propia lingüística indígena, con la ayuda inestimable de la moderna antropología, los problemas y las dificultades saltan por doquier. Los especialistas no se ponen de acuerdo en cuestiones tan básicas como son los troncos lingüísticos y sus ramificaciones, lo que contribuye a encontrarnos con que las filiaciones cambian con frecuencia según el autor que las estudie y las clasifique. En algunos territorios, en los que los vacíos de información siguen siendo notables, la situación clasificatoria continúa presentando una situación caótica.

Una prueba contundente de lo que vengo diciendo con respecto a la situación actual de los estudios de lenguas amerindias son las clasificaciones que han sido presentadas para evaluar la vitalidad de estas lengua en la actualidad. Opondré solo dos ejemplos. De una parte, Margery Peña señala cinco etapas: 1) florecimiento, 2) resistencia, 3) declinación, 4) obsolescencia, y 5) extinción; y por otra parte, Quesada Pacheco solo trabaja con cuatro: 1) vigencia, 2) resistencia, 3) declinación, y 4) obsolescencia, sin que haya posibilidad de combinarlas de manera acertada. Tampoco se han podido poner de acuerdo en cuanto a los criterios para calificar las lenguas. Según el primero: 1) número de hablantes monolingües, 2) número de hablantes bilingües, 3) sistema escriturario, 4) difusión mediática, 5) enseñanza reglada, y 6) aprendizaje en el hogar. Según el segundo: 1) número de hablantes (bilingües y monolingües), 2) sistema escriturario, y 3) difusión mediática¹.

No hay ni que explicar que los resultados finales de la clasificación y, por consiguiente, los cálculos estadísticos que se hagan basados en estos criterios, van a cambiar. Y así, entre lenguas florecientes y vigentes hay una diferencia de un punto, entre resistentes en un caso y en otro, de algo menos de un punto (hasta aquí nada muy drástico), pero en cuanto a las declinantes no sabemos con certeza, pues mientras Margery Peña las tabula conjuntamente con las obsolescentes (un total de 91,6), Quesada Pacheco las divide, con las siguientes cifras: declinantes (19.9%) y obsolescentes (70,45).

Los datos presentados arriba, sin embargo, cuentan con una deficiencia de base extremadamente notable, y es el número de lenguas existentes del que parten los especialistas: mientras que para Margery Peña son 180, para Quesada son 271.

¹ Véase el *Diccionario de americanismos* de la Asociación de Academias de la Lengua Española (que verá la luz en 2010). Asimismo, Enrique Margery Peña, *Las lenguas indígenas de América en el marco de los diccionarios académicos*. Discurso de ingreso en la Academia Costarricense de la Lengua (leído el 5 de octubre de 2006, Centro Cultural de México, de San José de Costa Rica); en <<http://www.acl.ac.cr/>>.

Traigo estos datos a colación para que se vea nuestra indigencia científica actual en materia de nómina de lenguas indígenas conocidas y supuestamente vivas, aunque en diferentes estadios de desgaste. Todavía hoy, para poner un solo ejemplo, aunque dramático, no se tiene una idea muy clara sobre la cantidad de lenguas amazónicas vivas en territorio peruano, puesto que los cálculos van desde 30 a 60.

Nuestro conocimiento es, por lo tanto inseguro y superficial, y es poco lo que podemos decir con firmeza sobre este asunto de base, y eso que en Perú, junto a México y Colombia, que son los países con mayor cantidad de estas lenguas autóctonas, la situación no es de las más precarias. En cuanto se revisan los trabajos de los especialistas más solventes —Arzápalo, Benavides, Mar-Molinero, Rojas Chávez o Steckbauer, entre otros— esta situación queda muy de manifiesto². Y son estudios bastante recientes que, por lo tanto, se han beneficiado de los adelantos obtenidos en las últimas investigaciones.

Al trabajo de Buesa que comentamos, que ya va cumpliendo más de 20 años, se le pueden hacer ciertas objeciones, realmente menores, como es natural. Su lectura exige que nos situemos en su momento. Si esto hacemos —como es de justicia— se trata de un trabajo magnífico, con una cantidad indiscutible de aciertos. La gran mayoría de las procedencias anotadas son rigurosamente ciertas, también las etimologías propuestas y los contenidos semánticos y sus variaciones temporales o espaciales; eso sin contar con el esmerado rigor en la documentación antigua manejada y en la impresionante bibliografía en la que se apoya.

Por estas razones, no puedo estar más de acuerdo con las palabras que aparecen en la cubierta de la obra: «Tras una paciente labor de recopilación, el autor, con rigor científico, brinda al lector la oportunidad, dentro del variado mundo de los préstamos, para penetrar en el conocimiento de los indoamericanismos o voces de procedencia indígena americana, factor importante en el vocabulario de nuestra lengua. Con el conquistador y el colonizador, fue imponiéndose el español al laberinto babélico de lenguas oriundas de América, pero en su lucha con ellas, centenares de voces nuevas pasaron a nuestro idioma». Y más adelante se añade. «Esta obra, con una visión amplia —dentro de su concisión clara y documentada— proporciona una idea exacta de la considerable aportación de la lenguas indígenas americanas en el acervo léxico del español».

² Cf. Ramón Arzápalo Marín, *Calepino de Motul. Diccionario maya-español*, 3 vols., México, UNAM, 1995; Ramón Arzápalo Marín y Yolanda Lastra (eds.), *Vitalidad e influencia de las lenguas indígenas en Latinoamérica. II Coloquio Mauricio Swadesh*, México, UNAM, 1995; Elsa Benavides (ed.), *Lenguas amerindias. Condiciones sociolingüísticas en Colombia*, Santa Fe de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1997; Clare Mar-Molinero, *The Politics of Language in the Spanish-Speaking World: from Colonisation to Globalisation*, London/New York, Routledge, 2000; Carmen Rojas Chaves, «Revitalización lingüística de las lenguas indígenas de Costa Rica», *Estudios de lingüística chibcha*, XVI-XVII (1997-98), pp. 9-17; Sonja M. Steckbauer, *Perú: ¿educación bilingüe en un país plurilingüe*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 2000.

A estas cuestiones vuelve en 1992, esta vez en compañía de su discípulo dilecto, José María Enguita, que también ha dedicado muchos años de su vida y de sus trabajos a la lengua hablada en la España de la otra orilla del Atlántico: *Léxico del español de América: su elemento patrimonial e indígena*.

El libro, un tomo de más de 300 páginas, fue publicado en la Colección «Idioma e Iberoamérica» que la Empresa MAPFRE 1492 dio a la luz para celebrar el V centenario del descubrimiento americano. El él se recogen los materiales de 1965, notablemente revisados y ampliados, más un nuevo capítulo sobre vitalidad de los indigenismos en el mundo de hoy; también se añade todo aquello correspondiente al léxico patrimonial que los autores consideraron pertinente.

Esta segunda parte de la obra comienza con el léxico de los colonizadores y analiza con rigor y elegancia las adaptaciones de muchas palabras españolas a la nueva realidad americana, entre las que sobresalen las derivaciones, algunas muy curiosas, y agrupaciones sintagmáticas. La documentación procedente de los textos cronísticos de la época son sustanciales. Le sigue un gran capítulo, magistral, sobre marinerismos, y otros sobre arcaísmos, variantes léxicas y regionalismos peninsulares y canarios, este último de una riqueza informativa sobresaliente.

La tercera parte, como era de esperar, está dedicada íntegramente a las innovaciones léxicas americanas. Aquí, el lector no sabe qué admirar y agradecer más, si la pulcritud científica del trabajo, la riqueza de las fuentes o ese misterioso estilo, que aunque en apariencia simple y directo, resulta sumamente atractivo. Hay que agradecer a los autores una bibliografía excepcionalmente amplia y sus palabras finales sobre la unidad de nuestra lengua.

Hoy, que disponemos no solo de estadísticas sino de proyecciones de futuro muy fidedignas, podemos corroborar que el español es la segunda lengua de comunicación internacional, la cuarta (muy cerca de la tercera) en cantidad de hablantes de grupo materno y que eso se debe a un corto pero contundente manójo de razones, entre las que destaca la asombrosa homogeneidad de que disfruta nuestra lengua, especialmente en los estratos altos del espectro sociocultural del amplio conjunto de países en los que es lengua oficial única o lengua co-oficial y en aquellos otros en que, a pesar de no poseer esos apoyos, es hablada por millones de hablantes, algo más de 40 en el caso de los Estados Unidos.

Las fechas de ambas obras —1965, 1992— parecerían decirnos que el Catedrático de la Universidad de Zaragoza, envuelto en otros proyectos más cercanos a él física y emocionalmente, como eran los aragoneses, se hubiese olvidado de su otra pasión, la americana. Pero no hay tal.

Insiste con frecuencia en las enseñanzas que para la historia de las lenguas se pueden sacar de autores hispanoamericanos o españoles que escriben en América. Con un ejemplo basta:

La recogida y el estudio del vocabulario de documentos y obras literarias, trabajos tan fundamentales para cualquier época, pueden darnos abundantes sorpresas. Un botón de muestra; en el prólogo al *Lazarillo de ciegos caminantes* o *Concolorcorvo*, libro publicado en Lima hacia 1775 y que anuncia ya la proximidad de la novela costumbrista hispanoamericana, su autor, el asturiano Alonso Carrió de la Vandra (quien durante unos años residió en el virreinato de Nueva España, del que facilita abundantes y curiosas noticias) escribe, hablando de la índole arrogante de los peninsulares: 'El genio de los españoles no se puede sujetar a las economías de franceses, italianos, flamencos y alemanes, porque el español, con doscientos doblones en el bolsillo quiere competir con el de otro de estas naciones que lleva dos mil, no acomodándose a hacerse él mismo los *bucles* y alojarse en un *cabaret* a comer solamente una *grillada* al medio día, y a la noche un trozo de *vitela* y una ensalada'. Carrió, intencionadamente, usa en tres líneas tres galicismos (*bucle*, *cabaret* y *grillada*) más un italianismo (*vitela*); los primeros están en consonancia con la corriente del siglo XVIII, muy indulgente con la introducción de voces francesas. Para *bucle* hay ya testimonios de 1725; ninguna para *cabaret* (que en el texto de Carrió conserva su sentido original de 'taberna', 'posada'), voz de la que nada dice Corominas y que continúa siendo ignorada por el *Diccionario* académico, pese a su vitalidad en la segunda y tercera décadas del siglo XX para denominar al café o restaurante donde se bailaba y podían contemplar espectáculos diversos; el *cabaret*, palabra que el cine ha vuelto a poner de moda por el título de una comedia musical muy taquillera, se debe en gran parte la gran popularidad internacional que adquirió el tango argentino. En cuanto a *grillada* 'carne asada sobre la parrilla', parece que no llegó a alcanzar mucha difusión; la voz ha regresado a la Argentina, pero a través del inglés *grill*, que con el sentido 'restaurante en el que se sirve especialmente carne asada', lucha con la voz tradicional *parrilla*³.

Una revisión, por somera que fuera, de sus escritos en esos años demuestra que aunque solo sea en una mención aislada, en un manojo de ejemplos, en una comparación nada forzosa, en cualquier rincón del texto, aun en el más inesperado, aparecen cosas y palabras de América. Repárese si no en el siguiente fragmento tomado de su intervención en el citado coloquio mexicano de 1979.

Buesa retoma el ejemplo ya clásico de Walter von Wartburg —*mater ancillae cultrum dedit*— para ejemplificar que entre esta oración latina y la correspondiente en español contemporáneo —'la madre le dio un cuchillo a la criada'— existen diferencias muy significativas (fonológicas, morfológicas, sintácticas y léxicas), y pasa de inmediato a detallarlas con amoroso empeño didáctico. Eso hubiera sido suficiente para su propósito divulgador. Pero no contento con ello, continúa sus argumentos de la siguiente manera:

Todavía la oración española podría sufrir más variaciones, especialmente en el léxico, que es el elemento más inestable y más llamativo de la lengua: la palabra *criada* podría sustituirse por *muchacha* (con variantes infantiles *chacha* y *tata*) o

³ Cf. «Algunas perspectivas de la investigación lingüística diacrónica», en J. M. Lope Blanch (ed.), *Perspectivas de la investigación lingüística en Hispanoamérica*, México, UNAM, 1980, pp. 93-117, p. 115.

chica, denominaciones que originalmente aluden a la corta edad de las personas dedicadas al servicio doméstico; ambos términos no son latinos sino de creación expresiva, elemento tan importante en cualquier nivel popular. En Hispanoamérica —continúa el texto del Maestro— preferirían decir el quechuismo *china*, voz que etimológicamente se aplicó a la mujer india o mestiza; otros dirían *mucama*, de probable origen tupá-guaraní; los dos indoamericanismos conducen a prestar atención al fundamental problema del contacto de lenguas. El vocablo *madre*, sería reforzado en parte de América con *señora*, o sustituido con la voz infantil *mama*, con acentuación clásica, o *mamá*, con la francesa; otro sustituto con o sin matiz despectivo, sería *vieja*. Algunos no dirían *dar* sino *dejar* o *prestar*, por lo que habría que comentar sus campos semánticos⁴.

Permítanme que haga un breve paréntesis para señalar que en esta comunicación al Coloquio mexicano que comento, fechado en 1979, se citan autores y fechas como los siguientes: Alvar (1975, 1978), López Morales (1978), Molho (1977), Weinreich, Labov y Herzog (1975), Salvador (1977) y Michelena (1971), entre otros muchos⁵.

No cabe duda que la obra ‘americana’ del profesor Buesa merece elogios y aplausos. En estos momentos nuestro inolvidable amigo se encontraría muy satisfecho, saboreando las proyecciones de nuestra lengua para futuros muy recientes: para 2030, el 7,4% (hoy es el 5,7) de todos los habitantes del mundo hablará español, en contraste con el 2,2 que hablará ruso, el 1,4 que hablará francés, y el 1,2 que hablará alemán. Y es muy posible, si no cambia el curso de los acontecimientos, que tan solo en tres o cuatro generaciones más, el 10% de toda la población mundial se comunique en español. ¿No son estas noticias absolutamente estupendas para todos nosotros? También, por supuesto, y mucho, lo serían para Tomás.

Muchas gracias.

⁴ *Ibidem*, p. 95.

⁵ Corresponden esas referencias a los siguientes trabajos: Manuel Alvar, *Teoría lingüística de las regiones*, Barcelona, Planeta-Universidad Complutense, 1975; Manuel Alvar, «Lengua y sociedad. Motivación del cambio lingüístico», en M. Alvar y J. M. Lope Blanch, *En torno a la sociolingüística*, México, UNAM, 1978, pp. 5-31; Humberto López Morales, «Hacia un concepto de la sociolingüística», en M. Alvar y H. López Morales, *Estudios sociolingüísticos*, México, UNAM, 1978, pp. 33-58; Mauricio Molho, «Lingüística e historia», *Anuario de Letras*, 15 (1977), pp. 5-30; Uriel Weinreich, William Labov y Marvin I. Herzog, *Directions for Historical Linguistics*, University of Texas Press, 1975, 3.^a ed; Gregorio Salvador, «Estructuralismo lingüístico e investigación dialectal», *REL*, 7.2 (1977), pp. 37-68; Luis Michelena, «Gramática generativa y lingüística histórica», *REL*, 1 (1971), pp. 211-233.